

AMOR

Poemas Novelescos



«El Pajecillo y la Dama»

POR

Melitón Amores González



DG
A

MÉLITON AMORES GONZÁLEZ

AMOR

PEQUEÑA COLECCIÓN DE POEMAS NOVELESCOS

Con licencia eclesiástica

ASTORGA:

Imp. y Lit. de Nicesio Fidalgo

1923



R. 76876

C. 1121783

E. 97705

MERITON AMORES BENEJALÉN

A M O R

PRIMERA COLECCIÓN DE FORMAS NOTABLES

Con licencia eclesiástica

ANTORGA:
Imp. y Ed. de Nicasio Valdés

1923



EL AMOR



EL AMOR

EL AMOR



Brava y oscura cual las duras penas
era una noche del nevado invierno:
bramaba roncó el vendabal furioso,
rugía el huracán, silbaba el viento
y la lluvia a torrentes descendía;
vibraba el rayo en el espacio inmenso,
y el trueno retumbaba en las montañas,
llenando al alma de pavor y miedo.

Impávido vagaba por las sombras
de esa noche sin luz, hogar, ni cielo,
desnudo y solitario
un tierno niño angelical y bello
de ojos rasgados de mirada ardiente
como las sombras de la noche negros,
suelos al aire los flotantes rizos
de su blondó y gentil rubio cabello,
armado de arco y flechas
en aljaba de rico terciopelo,
con alas finas de nevadas plumas
con que raudo y veloz vuela ligero.

Parece más bien ángel o querube
que tierno niño aquél audaz mancebo.

Destácase en las sombras un alcázar,
acabado ejemplar de arte arabesco,
de cien cuadradas torres,
de cien arcos esbeltos,
de almenas, miradores, y ajimeces,
que le dan impresión de alcázar regio.

En un amplio recinto
de aquel palacio inmenso
soñaba sin soñar una princesa
recostada febril en blando lecho,
devorando en silencio la amargura
de haber perdido ya su amor primero.
Formábase ilusiones,
fabricaba castillos en el viento,
y juraba olvidarse para siempre
de aquel amor que parecióle un sueño;
y juraba no amar jamás a nadie,
y en esta decisión quedó durmiendo...
y soñaba... soñaba.. la princesa ..
soñaba odios y soñaba celos. .

Ante las puertas del dorado alcázar
detúvose el mancebo,
y sacando una flecha de su aljaba
la puso en su arco a disparar dispuesto;
mas antes desgranó de sus canciones
con argentina voz dulces arpegios

y a la rubia y gentil princesa hermosa
esto cantó que repetía el eco:

«Abre, princesa, tus puertas,
que hoy te visita el Amor;
si me las dejas abiertas
ahuyentarás tu dolor.»

Y soñaba... soñaba... la princesa.
pareciéndole oír allá en el sueño
la dulce y armoniosa voz de un ángel
que hubiera descendido de los Cielos.

El eco de los montes repetía
el dulce canto del audaz mancebo:

«Abre, princesa, tus puertas,
que hoy te visita el Amor;
si me las dejas abiertas
ahuyentarás tu dolor.»

Al oír este cántico armonioso
la princesa se sale de su lecho,
y oculta tras los góticos cristales
siguió escuchando el amoroso acento;
vibró el rayo encendido,
rugió en las nubes pavoroso el trueno,
y a la luz centellante de aquel rayo
divisó al niño angelical y bello
que prosiguió su canto
ante las puertas del alcázar regio:

«Asómate, princesita,
y oye mi dulce canción;
si recibes mi visita
sanará tu corazón.»

Abrió la princesita los cristales
de su ajimez y preguntó al mancebo:

«¿Quién ante mis puertas canta
con tan angélica voz?
¿De quién es esa garganta
que de tal modo cantó?»

Dirige el niño hacia la dama el arco
y una flecha lanzó con tal acierto
que a la gentil doncella
clavósele en el pecho.

Y cayó la princesa desmayada
dentro del aposento,
en tanto que aquel niño
a la ventana remontó su vuelo,
y haciéndola volver de su desmayo
le dijo el traicionero:

«Princesita, ya eres mía,
cautiva eres del Amor:
si a mí me tienes, confía
que has de vencer tu dolor.»

«¿Quién erestú, pregunta la princesa,
quién eres que en el alma me has herido?»

¿Qué tiene aqueste dardo que atraviesa
mi triste corazón que lo ha rendido?

¡Qué dulce herida la que me has hecho
al clavarme tu dardo en el pecho..!

¡Dime quién eres, bien de mi vida,
que me has abierto tan dulce herida!

— «Soy un destello del Amor Divino
que he descendido de los altos Cielos;
soy un errante y vago peregrino
cargado de esperanzas y consuelos.

Soy rayo de la Esencia Creadora,
luz y calor del alma atribulada
de la dicha y ventura deseada
la naciente, feliz, fúlgida aurora.

Soy una chispa del Amor inmenso
que en las obras de Dios brilla y fulgura;
soy la oración que eleva el alma pura
hasta Dios como el humo del incienso.

Yo soy aquella mano bienhechora
que bajo el velo de una toca blanca
sólo por caridad la pena arranca
de un triste corazón a quien devora;
la que cura paciente toda herida
de la humana laceria,
la que consume su preciosa vida
en desterrar el hambre y la miseria;

la que socorre al pobre y desvalido,
la que cuida del hijo abandonado
que fué fruto nacido
de torpe amor y de mortal pecado.

Soy el bien infinito,
soy la nostalgia de la patria amada,
soy el recuerdo del hogar bendito
y soy la paz de la conciencia honrada.

Soy el llanto del alma dolorida,
soy el cariño de la amante esposa,
soy el beso de madre cariñosa,
soy placer y deleite de la vida.

Soy de la madre el amoroso canto
que arrulla inquieta de su niño el sueño;
soy el dulce beleño
que calma siempre de la pena el llanto.

Soy el beso primero que da el niño
de su madre en el plácido regazo,
soy el último adiós y último abrazo
que al borde de la vida
da al hijo muerto el maternal cariño
como broche de eterna despedida.

Soy el amor que tú adoras,
soy la pena que tú lloras,
soy el ángel de tu hogar;
sin mí la vida es hastío,
es locura, es desvarío,
es un continuo penar.

Yo soy consuelo, soy esperanza,
yo soy belleza, soy armonía,
yo soy ventura, soy bienandanza,
yo soy la dicha, soy la alegría.

Yo soy la gloria, soy la fortuna,
soy luz y sombra, fuego y calor;
soy de los hombres féretro y cuna,
¿no me conoces..? Soy... el Amor.

.....
Esto dijo aquel niño a la princesa
y con sus alas remontó su vuelo
cual leve mariposa
por el espacio inmenso...
Ya no vibraba el rayo, ni se oía
el ronco ruido del rodar del trueno.
Quedó encantada la gentil doncella
y exánime cayó en su blando lecho,
y bajo el peso de letal fatiga
en brazos se entregó de un dulce sueño.

.....
Y soñaba... soñaba... la princesa,
soñaba para siempre amor eterno...

Yo soy conde, soy esperanza,
 Yo soy belleza, soy armonía,
 Yo soy ventura, soy bienandanza,
 Yo soy la dicha, soy la alegría,
 Yo soy la gloria, soy la fortuna,
 Yo soy la luz y sombra, tengo y castigo,
 Soy de los hombres letrado y casto,
 ¿no me conoces? Soy el Amor, en tal me voy

 Hizo dijo aquel niño a la princesa
 y con sus alas remontó en vuelo
 cual leve mariposa
 por el espacio humano
 Y no vibraba el rayo, ni se oía
 el roncó ruido del trueno,
 Quedó encantada la gentil doncella
 y exultante cayó en su blando lecho,
 y bajo el peso de fetal fatiga
 en brazos se entregó de un dulce sueño.

 Y soñaba... soñaba... la princesa,
 soñaba para siempre amor eterno...

El Príncipe Juglar

Hubo un príncipe gallardo
en cierta corte imperial
que era envidia de las damas
por lo hermoso y lo galán.
Jugaba cañas en fiestas
y era diestro en pelear,
era en las guerras valiente
y cortés en la ciudad.

El emperador su padre
le quería esposa dar,
y un día reunió las damas
en su salón imperial,
porque el Príncipe escogiera
la que le agradara más.
Todas al Príncipe agradan
porque es príncipe galán,
y todas las damas quieren
con el Príncipe casar;

mas no sabiendo escoger
propone el Príncipe un plan:
que se consulte su horóscopo,
y este le habrá de indicar
entre todas las doncellas
la que su esposa será.

Todas las damas aceptan
del joven Príncipe el plan,
y en aquel instante llaman
al mago de la ciudad
cuyos augurios tenían
un renombre universal.

Vino el mago, y cuando el rey
le dió licencia de entrar,
haciendo varias zalemas
a la imperial Majestad,
al Príncipe y a las damas,
llegó ante el trono imperial.

Después el emperador
así al mago empezó a hablar:

«Quiero, mago, que nos digas
qué doncella es la que está
destinada para esposa
del heredero imperial.
Todas las damas le agradan
y todas quieren casar
con él, pero no sabiendo
cuál la elegida será

ha preferido el Infante
su horóscopo consultar;
espero, mago, saber
de tu ciencia la verdad;
si sale cierto tu augurio
mi recompensa tendrás,
pero si mientes o engañas
la vida te ha de costar.»

Sacó el mago un pergamino
en donde escritos están
jeroglíficos, figuras,
cifras, signos y demás,
y después de breve pausa,
con misterioso ademán
miró a todas las doncellas
que hay en la sala imperial,
y volviéndose hacia el trono
así habló a Su Majestad:

«Hace, Señor, varios años
que tengo estudiado ya
el horóscopo del Príncipe
y aquí sus signos están.»

Era un silencio imponente
el de la sala imperial.
Desenrolla el pergamino
el mago y vuelve a mirar
a las doncellas que escuchan
con gran temor y ansiedad,
y leyó en aquellos signos
el horóscopo fatal:

«Estrella grande y fulgente
la del Príncipe imperial,
de tono verde: ¡Esperanza!
Indica que en ella está
su dicha, que una princesa
le espera sin desmayar.

Le ama ya sin conocerle
y espera con ansiedad
que llegue un soñado Infante
que la habrá de libertar.

Esta dama bella y buena,
de noble sangre real,
vive en país muy remoto
y a las orillas del mar
en un palacio encantado
de pedrería y cristal;
pero para libertarla
luengas tierras andará
el Príncipe más de un año
disfrazado de juglar.

Cuando cante ante el alcázar
que le sirve de fanal,
la princesa que le espera
saldrá al balcón a escuchar;
aunque ignore otros detalles,
esta es la mejor señal.
Esta es la dama que Dios
tiene destinada ya

para esposa del Infante
que quereis, Señor, casar.»

Así habló el mago causando
en el salón imperial
gran desencanto en las damas,
sorpresa en Su Majestad,
y alegría en el Infante
que se disponía ya
a buscar a la princesa
disfrazado de juglar.

II.

A orillas del mar situado
hay un palacio encantado
por lo hermoso y lo ideal,
que es alcázar fabricado
de pedrería y cristal.

En ese palacio habita,
devorando amarga cuita,
con sus doncellas de honor,
una linda princesita
cautiva de un hondo amor.

En sus plácidos ensueños,
fantásticos y halagüenos
de quimera y de ilusión
ha cifrado sus empeños
en un noble corazón.

Dice que el de un noble Infante,
sincero, honrado y amante,

late del suyo a compás,
y que le espera anhelante
sin desconfiar jamás.

Y aunque ella no desconfía.
pasó un día y otro día
y más de un año pasó,
y el príncipe no venía
como la dama soñó.

Pero ella siempre le espera
y hace su dolor más cruel,
que el que espera desespera,
y ya la dama quisiera
ver al príncipe doncel.

¡Triste está la princesita,
su rostro pálido está,
y es más amarga su cuita;
que no viene la visita
que espera...! ¿Cuándo vendrá..?

Y a las auras y a las flores,
a la luz y a los colores,
les dá a saber su dolor,
y le responden: ¡No llores,
que pronto vendrá tu amor!

III

Ante el palacio encantado
de la princesa real
un juglar enamorado
cantó un bello madrigal.

Agradó a la princesita
la enamorada canción
y, «¡Qué canción más bonita!»,
dijo, saliendo al balcón.

«¡Salió el sol de mi ventura!»,
dijo al mirarla el juglar,
y con más honda ternura
volvió de nuevo a cantar:

«Vengo a buscaros, señora,
para una corte mejor,
que si sois princesa ahora
reina seréis del amor.

Que allá en la corte en que vivo
hay un príncipe doncel
que por vos está cautivo
como lo estais vos por él.

El y vos por desventura
estais heridos de amor,
y uno y otro la amargura
bebiendo estais del dolor.

Traigo el mensaje, señora,
de suplicaros por él
que vengais conmigo ahora
a ser flor de su vergel.

No os quiere solo por bella,
como podeis presumir,
sino porque una es la estrella
que os quiere a los dos unir.

Y hasta que el amor impere
no tendreis dicha los dos,
porque está escrito que quiere
unir vuestras almas Dios.»

«¿Quien sois vos, buen mensajero?
—dijo la dama al juglar—
Decidme quién sois, que quiero
saber a quién he de amar.»

«Soy un trovador errante
que al compás de mi laud
vengo cantando galante
la fama de tu virtud.»

Me dijeron que sois bella
y amais sin saber a quién...
¡Bien favorable es mi estrella
que me hace ver tanto bien!

Me sé también que sois buena,
recatada y de pudor,
y de candor estais llena
que es la belleza mejor.

Por eso vengo cautivo
de vuestro amor a decir,
que sin vuestro amor no vivo...
¡que no me dejeis morir..!

Habeis de ser la dulzura
de mi reino y de mi hogar,
y para hallar tal ventura
me disfracé de juglar,

No me negueis el tesoro
del amor y de la fé,
ya que rendido os adoro
cuando mi ventura hallé.

Porque aunque me veis ahora
errante y pobre juglar,
soy el Príncipe, señora
que su amor viene a buscar».

Inundada de alegría.
rompió la dama a llorar,
y en su llanto le decía
así al Príncipe juglar:

«Vos sois el príncipe amante
que yo esperaba anhelante
llena de loca ilusión;
el que en quimérico sueño
fingí que sería el dueño
de mi triste corazón.

Abrid las puertas, doncellas,
para que pase por ellas
este Príncipe juglar;
que Amor cumplió su destino
y ha venido peregrino
a mis puertas a llamar.

.
.

Y en el palacio encantado
de la princesa real
el juglar enamorado
cantó un nuevo madrigal.



No me neguéis el tesoro
 del amor y de la fe,
 ya que rendido os adoro
 cuando mi ventura hallé.

Porque aunque me veis ahora
 errante y pobre jugar,
 soy el Príncipe, señora,
 que su amor viene a buscar.

Invadida de alegría
 rompió la dama a llorar,
 y en su llanto le decía
 así al Príncipe jugar:

«Vos sois el príncipe amante
 que yo esperaba anhelante
 llena de loca ilusión;
 el que en primer año
 fingí que sería el dueño
 de mi triste corazón.

Abrid las puertas, honcellas,
 para que pase por ellas
 este Príncipe jugar;
 que Amor cumplió su destino
 y ha venido perseguido
 a mis puertas a llamar.

Y en el palacio encantado
 de la princesa real
 el jugar encerrado
 cantó un nuevo madrigal,

Y en su canto
 me dijo así:

El Pajecillo y la Dama

EL PAJECILLO Y LA DAMA

El Pajecillo y la Dama
se casaron y vivieron
muy felices y contentos
hasta que murió la Dama.

El Pajecillo se quedó
solo y triste y llorando
por la Dama que había
muerto y no podía
volver a verla nunca más.

La Dama y el Pajecillo
se casaron y vivieron
muy felices y contentos
hasta que murió la Dama
y el Pajecillo se quedó
solo y triste y llorando.

Es un nombre impo-
puro y vulgar que se le
da a una dama también
cuando se le da su palacio.

El Pajecillo y la Dama

•••○○○○•••

I.

Junto a los limpios cristales
de su gótica ventana,
sentada mirando al mar
está una tarde la dama.

Es una joven hermosa
de belleza extraordinaria,
de noble y alto abolengo,
muy honesta y recatada.

Pálida y triste se encuentra,
de gran pesar llena el alma,
porque está enferma de amores
cuyo mal a todos calla.

Es un amor imposible;
pues el galán que ella ama
a otra dama también noble
tiene dada su palabra.

Ella puso en él sus ojos,
su corazón y su alma,
porque de sus buenas prendas
desde niña está prendada.

Juntos pasaron los días
más felices de su infancia,
juntos jugaron mil veces
en el jardín de su casa;

pero, torpe o ambicioso,
no ha comprendido a la dama,
y la dama sufre ahora
el desprecio y su desgracia.

Es hoy el niño de entonces
un capitán de la Armada
y está próximo a embarcar
para tierras muy lejanas.

Por eso la dama mira
hacia el muelle o a la playa
a través de los cristales
de su gótica ventana.

—
Junto a la dama sentado
está su paje de sala,
el único que la sirve
y único que la acompaña.

Es un pajecillo joven
de presencia muy gallarda,
tan ingenio que a sus ojos
asoma siempre su alma;

un pajecillo muy noble
y muy leal a su dama,
que siente pena por verla
enfermiza, triste y pálida.

Y para hacerla ahuyentar
su dolor y su desgracia,
unas veces habla y ríe,
otras le reza o le canta,

otras le cuenta leyendas
de princesas encantadas,
o cuentos de enamorados,
de príncipes y zagalas,

de aldeanos y guerreros,
de pajecillos y damas
que él desde niño aprendió
en romances y baladas.

El apuesto pajecillo,
que ríe y habla con gracia,
tiene muy bien merecida
de su dama la confianza

Tan bien a su paje ella
le tiene ganada el alma,
que él su vida le daría
si ella la necesitara.

Siente pena al ver tan triste
a su señora y su dama...
y cariñoso y afable
le dirige estas palabras:

«¿Qué teneis, señora mia,
que estais tan preocupada..?
¿Porqué estais enferma y triste?
Decid: ¿Qué pena os embarga?»

Contadme vos vuestras penas,
que yo haré por aliviarlas.
¿Porqué teneis siempre fijas
hacia el mar vuestras miradas?»

Mucho tiempo así llevais
enfermiza, triste y pálida,
sin que descubrais a nadie
de vuestra pena la causa.

¿Acaso el paje ha perdido
de su dama la confianza?
¿No os alegra ya su vista,
ni su afecto ni su charla?»

¿Quereis que baje, señora,
al jardín de vuestra casa
y en el dorado azafate
las flores más bellas traiga?»

¿Quereis que esas mariposas
que al sol levantan sus alas
vengan a libar el néctar
en vuestros labios de grana?»

¿O esas otras que a la luz
vuelan y en ellas se abrasan,
¿a la luz de vuestros ojos
vengan a morir quemadas?»

¿Quereis que vaya a esos montes
y os traiga abundante caza?

¿Quereis, señora, que os cante
una amorosa balada?

¿Quereis...? Decidme, señora,
lo que en vuestro obsequio haga,
que quiero arrancar la pena
que está minando vuestra alma.

¿Es vuestro mal de amores
que vuestra vida amenaza..?
Decidlo, señora mia,
que yo quitaré la causa.

¿Quereis que os cuente, señora,
de una dama enamorada
una preciosa leyenda
que aprendí yo allá en mi infancia?»

A la dama no distrae
del pajecillo la charla,
que está rumiando su pena
en el fondo de su alma,

y ni le presta atención
a su donaire y su gracia,
ni aparta nunca del mar
su atención y su mirada.

Luego que el paje acabó
de hablar le dice la dama:
— «¡Mira, mira, pajecillo,
aquel buque que se marcha..!

¡Ay! ¡Quién pudiera marchar
en él a tierras lejanas..!

Y dió un suspiro muy hondo
en que puso toda el alma.

.....
Calló el paje adivinando
de sus tristezas la causa
y vió dos perlas nacer
en los ojos de su dama.

II.

A través de los cristales
miraba la dama enferma
hacia la orilla del mar
otra tarde como aquella.

Acompaña el pajecillo,
como entonces a su dueña,
porque a la dama le es siempre
agradable su presencia;

porque el paje la distrae
con sus cuentos y leyendas,
porque le endulza las horas
y le consuela en su pena;

porque siente de su dama
la amargura y la tristeza,
porque siente su dolor
el paje y sufre con ella.

Por eso quiere la joven
que esté siempre en su presencia
el paje, y que la acompañe,
para que aliviarle pueda

la fuerza de su quebranto,
la amargura de su pena,
con su canto, con su charla,
con sus cuentos y leyendas;

que va aumentando el afecto
que el paje siente por ella,
y ella cada vez le quiere
con más calor y más fuerza.

—
«Cuenta, cuenta, pajecillo,
—afable dice la enferma—
cuéntame, que me distraiga
alguna de tus leyendas.»

El pajecillo gozoso
hablóle de esta manera:

«En una ciudad había,
según cuenta la leyenda,
como vos, la mi señora,
una noble dama enferma.

Su mal era mal de amores
que con amor se remedia
cuando es amor imposible
como el de la dama aquella.

Amaba a un noble mancebo,
y capitán, por más señas,
que estaba para casarse
con otra noble doncella.

Aquella dama sufría
muy en silencio su pena...
Pero... ¿Qué teneis, señora?
¿No os agrada la leyenda?

— Sigue, sigue, pajecillo,
que me divierte y me alegra.

— Si os veo tan preocupada,
tan nerviosa y tan inquieta..!

— Sigue, sigue, que ese cuento
por ser tuyo me interesa.

— Pues, como digo, sufría
muy en silencio su pena
sin descubrir a ninguno
la causa de sus tristezas.

Triste pasaba los días,
triste las noches y en vela,
porque el amor no descansa
y el amor la puso enferma.

Nada a la dama divierte,
nada a la dama consuela;
que amor no correspondido
es mal de mucha tristeza.

La dama un paje tenía
que su amor tenía en ella,
y no hubo en el mundo riesgo
que por ella no corriera.

Ella amaba mucho al paje,
porque con ella su pena
compartía, y la alegraba,
procurando distraerla,

con su charla y con su canto,
con sus cuentos y leyendas,
como yo, señora mía,
al veros triste y enferma.

Si no os agrada, señora,
pronto callará mi lengua;
que no es bien que yo os moleste
cuando alegraros quisiera.

—Sigue, sigue, paje mío,
tu fantástica leyenda;
que tu cuento me distrae,
y tu charla me recrea,

y se calma mi amargura,
y se alivian mis tristezas;
pues vas contando mi historia
como yo misma lo hiciera.»

Al oirla el pajecillo
fingió con esto sorpresa
y le dijo: «¿Vos, señora,
estais de amores enferma?»

¿He adivinado la causa
de vuestra amarga tristeza?..»

—Sigue, sigue, ya veremos
en qué acaba la leyenda.

«—Pues un día el capitán
casó con la otra doncella
y embarcó en un bergantín
para muy lejanas tierras.»

Al decir esto la dama
ahogó un grito de sorpresa
y le dijo al paje: «Sigue...
¿Que fué de la dama enferma?»

«— Cuando vió la noble dama
sus esperanzas ya muertas,
ahogó dentro de su pecho
su enfermedad y su pena

y lloró por varios días
su desgracia y su tristeza
que su paje consolaba
con sus cuentos y leyendas.

Y, concentrando en su paje
el amor que antes tuviera
al capitán, halló en él
el remedio de su pena.»

—¿Y qué-preguntó la dama-
qué fué de la dama enferma?»

«—Que se casó con su paje
y al punto acabó su pena.»

—¡Pajecillo picaruelo,
bien inventas, bien inventas!
¡Si ese cuento no es verdad
merecía que lo fuera.!

Has inventado tan bien
la trama de esta leyenda.
que es la historia de mi vida
la que presentas en ella.»

«—Eso os indica, señora,
que, aunque muda vuestra lengua,
he logrado adivinar
la causa de vuestra pena;

que el amor es adivino
cuando tan hondo se encierra
como el que siento por vos
sin que del pecho saliera

hasta hoy, señora mía,
en que forjé esta leyenda
para deciros mi amor
y aliviar vuestras tristezas;

pues yo también, mi señora,
iba sintiendo la pena
de no poderos decir
lo que os dije en la leyenda.

Consolad ahora a mi alma,
vos, señora, que está enferma,
enferma de mal de amores
como lo estaba la vuestra,

y pronuncien vuestros labios
una palabra siquiera
que sea de amor constante
sincera y dulce promesa,

y acabe con nuestro amor
la causa de nuestra pena;
que amor no correspondido
es mal de mucha tristeza.

Vos lo habeis dicho, señora,
y habeis dado la sentencia:
«¡Si ese cuento no es verdad
merecía que lo fuera..!»

Y vuestro amor y mi amor,
el uno del otro sea
la medicina que cure
el mal de nuestra alma enferma.»

Calló el paje y quedó inmóvil
sumido en honda tristeza,
y en los ojos de su dama
vió nacer otras dos perlas.

.....

Hubo un silencio profundo
lleno de emoción intensa;
dos corazones se oía
latir con la misma fuerza:

El paje se halla impaciente
como mendigo que espera;
la dama enjuga su llanto
con su pañuelo de seda,

y al fin, rompiendo el silencio,
entre turbada y serena,
dijo con voz apagada
y con gran delicadeza:

«¡Si ese cuento no es verdad..
los dos haremos que sea..!»

—
Y dicen viejas historias,
y cuentan crónicas viejas
que siempre fueron felices
el paje y la dama enferma.

Hubo un silencio profundo

lento de emergencia intensa;
 los corazones se oían
 latir con la misma fuerza.

El paje se había impaciente

como mendigo que espera;
 la dama enjuna su llanto
 con su pañuelo de seda.

Y él se rompiendo el silencio,

entre turbada y serena,
 dijo con voz apurada
 y con gran delicadeza:

«Estos cuantos no es verdad,

los dos parientes que son?»

Y él con voz dulce y serena

y con un espíritu visible
 que él mismo se veía en
 el rostro y en el alma entera.

LA TORRE MISTERIOSA

La Torre Misteriosa

I.

Sobre granítica roca,
en una región lejana,
hay una torre sombría
que a orillas del mar se alza.
Las olas besan su pié
y le arrullan o le cantan,
ya cuando el mar se enfurece,
ya cuando el mar está en calma;
pero a véces la combaten
con furia desesperada,
y al combatirla la cubren
con vestidura de plata;
porque al romperse las olas
contra la roca es' relladas
la torre y peña rodean
de su hirviente espuma blanca.

Así la torre está siempre
por la mar amenazada,
como si la mar quisiera
con sus olas derribarla.

Pero la torre resiste
de la mar las oleadas,
y de los vientos la furia,
y de las nubes el agua,
y del tiempo la inclemencia,
y de los hombres la saña.
¡Parece que vela el Cielo
por la torre y lo que guarda!

Las gentes de aquel país
«Torre misteriosa» llaman
a la torre, porque ignoran
lo que esconde en sus entrañas.
Nadie sabe lo que encierra
aquella torre cuadrada,
aunque hay algunos rumores
acerca de lo que guarda.

Unos dicen que está en ella
prisionera una sultana
a quien en la guerra el rey
por su suerte la hizo esclava;
otros dicen que allí vive
una princesa cristiana
contrariada en sus amores,
y por ellos castigada,

por su padre el rey, que quiere
con otro rey desposarla;
otros que es de la nobleza
una linajuda dama;
en fin, que ninguno sabe
lo que aquella torre guarda.
Sólo se sabe que el rey
ha mandado fabricarla
y bajo pena de muerte
tiene prohibida la entrada;
ni aun acercarse permiten
los soldados que la guardan:
dos centinelas que ejercen
con rigor su vigilancia.

II.

Desde que el sol moribundo
se esconde bajo las aguas
del mar, en donde parece
que se sepulta y se apaga,
todas las noches se oye
misteriosa, triste y clara,
como doloridos ayes,
como suspiros de un alma,
la triste canción que entona
un alma desventurada
con una voz que parece
mejor divina que humana,

cuya música más bella
es el rumor de las aguas
y cuyo canto repite
el eco de las montañas
que el mar contienen, y el viento
que la lleva entre sus alas.

Una canción amorosa,
canción de dulce añoranza,
mezclada de doloridas
y tristes quejas amargas,
que suena grata al oído
que hiere al fondo del alma
en el augusto misterio
de la noche tan callada...

Es una voz de mujer
que su pena llora y canta
y que al viento da sus quejas
para endulzar su desgracia,
porque en la prisión parecen
las noches mucho más largas.

Las gentes creen que está loca
y por eso está encerrada;
por lo cual la compadecen
las gentes de la comarca
y le dan el triste nombre
de «La Loca enamorada»;
y por las noches acuden
a escuchar desde la p'aya,

esta canción amorosa
que la pobre «loca» canta:

«¡Por los amores de un caballero
que de los míos es prisionero
en esta torre
cautiva estoy!
¡Que desgraciada mi triste suerte!
¡Ya nada espero! ¡Sólo la muerte
negra y traidora
me acecha hoy!

De un padre fiero sufro las iras
por tí, amor mio, por tí que inspiras
dulce y suave,
casto el amor.

Mas ¿qué me importan estos rigores
Con tal que logre yo tus amores,
para sufrirlos
tendré valor.

· Cuando a mi lado yo te veía...
¡qué afortunada yo me sentía!

¡Oh, qué dichosa!

¡Oh, qué feliz!

pero ahora ¡triste! sin tus miradas,
sin tus promesas enamoradas...

¡Ay, qué abatida!

¡Cuán infeliz!

Mas de ser tuya tengo esperanza
y de que un día tu fuerte lanza
de este martirio
libre a los dos;
que, aunque la ira del rey me arguya
de necia o loca, he de ser tuya,
¡tuya por siempre!
¡tuya y de Dios!

¡Ven amor mío, ven, caballero!
¡Ven a esta torre, donde me muero
de pena y llanto
sin tu favor!

¡Ven a mi lado, que yo te vea!
¡Ven, y que tuya mi suerte sea!
¡Ven a librarme
lleno de amor!

¡Ven, amor mio, ven y conjura
esta que siento cruel amargura!
¡Oye mis quejas!
¿No las oirás..?

¡Ven, que ya espero con ansia el día
en que se cambie mi suerte impía!
¡Ven amor mio!
¿Cuándo vendrás..?»

«¡Pobre loca, pobre loca!
¡Infeliz, desventurada...!»
exclaman aquellas gentes
luego que su canto acaba.

Pero ella vuelve a su canto
que repite entusiasmada
muchas veces, muchas veces,
sin cesar y no se cansa,
como si en él el remedio
de sus penas encontrara.

III.

Hay en la corte del rey
un apuesto caballero
de la mas alta nobleza
que es la gala de aquel reino.

Es valeroso, gallardo,
galán, aguerrido, esbelto.
de altos bríos y buen porte,
de prestigio y de talento.
Es joven y sabe bien
de las armas el manejo,
y en jugar cañas y lanzas
en las justas y torneos,
lo mismo en escaramuzas
que en los combates sangrientos,
siempre sale victorioso,
siempre, siempre es el primero
y siempre a la hija del rey
ha brindado sus trofeos,
porque piensa que ella sea
de sus victorias el premio.

Locamente enamorada
de este noble caballero
estaba la princesita
que de su padre a despecho
despreciaba los amores
de un príncipe de otro reino.

Ni las razones y halagos,
ni amenazas y consejos
obligan a la princesa
a desistir de su empeño:
ni acepta el amor del príncipe,
ni olvida el del caballero;
si tenaz se muestra el rey
no lo es la princesa menos,
que prefiere pobre choza
llena de amor y de afecto
mejor que ricos palacios
y ser reina en otro reino.

Por eso el padre, verdugo
de inhumanos sentimientos,
la encerró en aquella torre,
con misterioso secreto,
en soledad angustiosa,
en estrecho cautiverio,
para lograr por la fuerza
lo que no logró el afecto.

IV.

Un día ya no se oyó
aquel canto de sirena
con que la «Loca» lloraba
su amargura y su tristeza,
y, «¡pobre loca!», exclamaron,
llenas de lástima y pena
las gentes, porque creían
que la princesa era muerta.

«¡Pobre loca, ya no canta!
¡Su pena acabó con ella!
¡Pobre loca! Ya cesó
de dar al viento sus quejas!»

Nadie se acerca a la torre,
aunque acercarse quisiera,
que tiene pena de muerte
el que a la torre se acerca,
y así no pueden saber
si la princesa está muerta.

Pero llegaba la guardia
de relevo y... ¡oh sorpresa!
vió que la torre tenía
derribadas sus dos puertas
y que ya no estaba dentro
la enamorada princesa;

y vió que en tierra tendidos
estaban los centinelas,
tintos en su propia sangre
ya coagulada y espesa
que manó de las heridas
en su corazón abiertas.

— «¡Traición!, exclamó la guardia,
¡Traición inaudita es esta!
¡Han matado a los soldados
y han robado a la princesa!»

Pronto corrió la noticia
por toda la tierra aquella,
y, «¡pobre loca!» exclamaron:
¡ya se le acabó su pena!
Y las gentes presintieron
el final de la tragedia,
y en sordo rumor corría
la suerte de la princesa:
«¡Que ha venido a libertarla
su amante y huyó con ella!»!

.
Ya no sale de la torre
aquella canción tan tierna
con que lloraba la «Loca»
su amargura y su tristeza.

Y ya en la noche callada
no se oyen las tristes quejas

que la princesa cautiva,
como consuelo a su pena,
daba llorando a los vientos
para que su amor la oyera.

.

Su amor escuchó su llanto
y ha venido a socorrerla

V.

Hoy se encuentra abandonada,
azotada por los vientos
y por el mar combatida
la torre que en otro tiempo
de la «Loca enamorada»
fué terrible cautiverio;
solo las aves nocturnas
tienen albergue en su seno

Nadie se acerca a la torre,
que ahora les infunde miedo;
pues aunque no hay centinelas
que prohiban el acceso,
hay voces, ruidos extraños,
gritos, ayes y lamentos
que se oyen por las noches
en el augusto silencio.

Las gentes supersticiosas dicen que vagan por dentro las almas de los soldados que quedaron allí muertos y que de noche renuevan la lucha que sostuvieron con los fieles servidores del amante caballero que libertó a la princesa de su amargo cautiverio.

Por eso se escuchan voces, golpes, quejidos, denuestos, chocar de espadas y lanzas, maldiciones e improperios; y a la «Torre misteriosa» nadie se acerca por miedo.

~~~~~  
Nadie se acerca a la torre  
que ahora las infunde miedo;  
pues cuando no hay centinelas  
que prohiban el acceso,  
hay voces, ruidos extraños,  
gritos, ayes y lamentos  
que se oyen por las noches  
en el augusto silencio.



Las gentes superabundantes  
 dicen que vagan por dentro  
 de los años de los soldados  
 que quietos van allí muertos  
 y que de ellos se cuentan  
 de la he que se cuentan

DE GRUTA DEL MUNDO



## La Gruta del Miedo

En una abrupta montaña,  
bajo un bosque muy espeso  
hubo una cueva profunda  
llamada «Gruta del Miedo».  
Por entre peñas y quiebras,  
por hondonadas y cerros,  
entre malezas oculto  
iba un estrecho sendero  
que a la cueva conducía  
que el vulgo llamó del Miedo.  
Cuentan las crónicas viejas  
y cuentan los hombres viejos  
que al acercarse la noche,  
cuando se viste de negro  
crespón tupido la tierra  
y de estrellas viste el cielo,

en las claras de verano  
como en las negras de invierno,  
salían de aquella gruta,  
como de infernal engendro,  
juguetonas y medrosas,  
sombras, figuras, espectros  
que al rededor de la cueva,  
andaban de merodeo  
aguardando la llegada  
de algún infeliz viajero.

Jamás acertó a pasar  
por aquel antro pequeño  
ni el valiente paladín,  
ni el audaz aventurero,  
sin que al llegar a la cueva  
no salieran a su encuentro  
las turbas de malandrines,  
enanos y contrahechos  
haciendo retroceder  
al audaz aventurero  
que se atrevía a llegar  
frente a la Cueva del Miedo.

—«¡Alto!» gritaba al instante  
un gigante, a cuyo imperio  
la turba de malandrines,  
pajecillos y escuderos  
ciegamente obedecía  
cuando elevaba su cetro.

— «¡Alto!» gritaba confuso,  
entre turbado y sereno  
el viajero sorprendido  
ante aquel fúnebre encuentro.

— «Vuélvase atrás, y no sea  
»temerario el caballero  
»si no quiere perecer  
»en lance cruel y funesto  
»víctima de su arrogancia  
»y su osado atrevimiento;  
»pues no ha habido ser humano  
»que haya logrado su empeño  
»de atravesar mis dominios  
»desde que brilla el lucero  
»hasta que el astro del día  
»ilumina este hemisferio.

«¡Alerta! ¡Sus!» continuaba,  
y las turbas al momento,  
al visitante importuno  
encerraban en un cerco  
al mismo tiempo que todos  
desenvainaban su acero.

Y cuentan los cronicones  
que si insistía en su empeño  
de llegar hasta la cueva  
sin descubrir el secreto  
revelando la consigna  
que deshacía el misterio,



a manos de aquella turba  
pagaba su atrevimiento  
al levantar el gigante  
su dorado y roto cetro;  
y así se dice que muchos  
en aquel sitio murieron.  
Los que no eran tan tenaces,  
tan arrogantes o tercos,  
ante la actitud aquella  
de los mágicos espectros  
volvieron por su camino  
contando el raro suceso  
a las gentes de la aldea  
que por tal causa pusieron  
a aquella gruta los nombres  
de Gruta o Cueva del Miedo.

## II.

Pero es el caso que un día  
un apuesto caballero,  
jinete en un corcel blanco,  
tomaba el camino estrecho  
que a la cueva conducía  
llamada Gruta del Miedo.

Es gentil, galán, airoso,  
con ribetes de guerrero,  
con airón, casco y espada,  
coraza, puñal y peto.



Picando espuela al caballo  
camina por el sendero  
sin que nada le detenga  
en su pretendido empeño:  
ni la noche tenebrosa  
ni el rigor del duro cierzo,  
ni las hablillas que al vulgo  
infundían tanto miedo;  
llevaba en el alma amores  
y en el corazón los celos.

Al llegar junto a la cueva,  
— «¡Alto!» grita desde lejos  
el gigante Soberano  
de aquél escuadrón de engendros.

— «¡Alto!» contesta el galán  
erguido, apuesto y sereno.

— ¿La consigna?

— Cetro roto.

— ¡Bien venido, caballero!  
Y aquél escuadrón de magos,  
de fantasmas y de espectros  
rindió al momento las armas  
hasta tocar en el suelo,  
mientras compulsa el gigante  
el cetro del caballero  
con el medio que él tenía,  
como emblema de su imperio.

Le dejan el paso franco;  
él se adelanta sereno  
por en medio de la turba  
y con aquel medio cetro  
toca la roca que cubre  
aquella Cueva del Miedo,  
y ante aquel mago conjuro  
se abre de repente el hueco,  
y sale una hermosa mora  
de linda cara, ojos negros,  
y sobre su blanca veste  
tendido y suelto el cabello  
como si fuera una hurí  
del Paraiso agareno,  
que avanza majestuosa,  
trémula y con paso lento  
para arrojarse en los brazos  
de aquel valiente guerrero.

El la monta en su corcel  
y estampa en su mano un beso;  
cierra el gigante la cueva  
y a la mora entrega el cetro.  
Pica el galán al caballo  
que ligero como el viento  
se ocultó entre las montañas  
con la mora y el guerrero,

Los malandrines y enanos,  
histriones y contrahechos,  
el gigante y los fantasmas,  
todos desaparecieron  
desde que la linda mora  
salió de su encantamiento.

## III

Al cabo de alguno años  
encontraron en el hueco  
de aquella medrosa gruta  
este auténtico letrero:

«Estuvo encantada aquí  
• la fija de un sarraceno,  
• la más hermosa doncella  
• que entre las moras se vieron  
• e que llamaban Aljaima,  
• Aljaima la de Toledo.

«Su padre que era el califa  
• la castigó a encantamento  
• por una traición que fizo  
• en contra dél e su reyno,  
• e enojado la maldijo

«e la encerró en este hueco  
 «asta que aquí la encontrara  
 «el su amante caballero.  
 «Ella al saber el castigo  
 «rompió de su padre el cetro;  
 «se quedó con la mitad  
 «ella, e mandó el otro medio  
 «al su amante, porque fuera  
 «la consigna del su encuentro.»

# Azucena La Zagala

## AZUCENA LA ZAGALA

que la flor de la azucena  
se abre en el valle y en la  
sierra por el valle y en la

que una linda casita  
está en el valle y en la  
sierra por las flores  
y se abre por las aguas.

que es un edén de venturas  
donde vive una zagala,  
hecha de nieve y de rosa,  
que es la flor de aquella casa.

«Se la encerró en este hueco  
 «esta que aquí la encontrara  
 «el su sobrino caballero,  
 «ella al saber el castigo  
 «rompió de su padre el celoso  
 «el ropaje de su dignidad  
 «y se quedó con la pata  
 «de la media, a mandó al otro medio  
 «que se le quitara, por que fuera  
 «la pata de la media»

ANUNCIA DA NADABA



# Azucena La Zagala

## I.

Junto a la clara corriente  
que baja de la montaña  
y es plateado arroyuelo  
cuando por el valle pasa,

hay una linda casita  
de los vientos abrigada,  
perfumada por las flores  
y arrullada por las aguas,

que es un edén de venturas  
donde reina una zagala,  
hecha de nieve y de rosa,  
que es la flor de aquella casa.

Es bella como ninguna  
doncella de la comarca:  
joven, de decir gracioso,  
y de encendida mirada,

cuyos ojos chispeantes  
son dos puñales que matan,  
y cuyo negro cabello  
hace su cara más blanca.

Es como la aurora, limpia,  
y como una flor, lozana:  
una perla que la concha  
de aquella casita guarda.

Pero si es hermosa y bella,  
es más hermosa su alma,  
que tiene la fe por guía  
y las virtudes por gala.

Es honesta, vividora,  
sencilla flor delicada,  
a quien el campo le presta  
su belleza y gentil gracia.

No conoce más amor  
que el de su padre, y le basta;  
por él solo se desvela,  
y por él vive y trabaja,

desde que asoma en Oriente  
la primera luz del alba,  
hasta que la noche cubre  
con negro crespón su casa.

¿Su madre..? ¡No tiene madre..!  
¡Pobre niña desgraciada..!  
¡Cuando ella nació a la vida  
su madre la abandonaba!

La muerte fiera y traidora  
clavó en la madre sus garras  
y llenó de pena y llanto  
aquella casita blanca.

El padre que vió deshecha  
la alegría de su casa,  
muerta la madre, en su hija  
puso toda su esperanza.

Y como una flor hermosa  
que en aquel campo brotara,  
la llamó su padre Flor,  
y Flor la niña se llama.

Pero la gente que admira  
su belleza extraordinaria  
la conoce con el nombre  
de «Azucena la Zagala».

Hoy cuenta ya veinte abriles  
y es flor del campo lozana,  
que el edén de su casita  
con su perfume embalsama.

Por ella vive su padre,  
por ella sólo se afana.  
Si no viviera su Flor. .  
él tanto no se afanara!

Ella cuida su ganado  
mientras él la tierra labra:  
un pedacito de tierra  
que le dá el pan de su casa.

Ella endulza la amargura  
que sufre dentro del alma;  
ella le presta a su vida  
el calor que le hace falta.

Ella es todo su cariño,  
ella es toda su esperanza,  
ella, en fin, es su alegría,  
la alegría de su casa.

---

II

En la florida ribera  
del plateado arroyuelo  
Azucena la Zagala  
guardando está sus corderos.

Es ya mediada la tarde;  
y a la sombra de un almendro  
sentada está la mocita  
hilando lino moreno.

De pronto observa la moza  
que se espantan sus corderos,  
y que a carrera tendida  
viene un caballo sin freno,

con montura, sin jinete,  
jadeante, hinchado el belfo,  
dando fuertes resoplidos  
que es de espanto signo cierto.

Se levanta sorprendida  
y detiene a sus corderos,  
al mismo tiempo que escucha  
como lejanos lamentos,

voces dolientes mezcladas  
con los ladridos de un perro  
que al parecer presagiaban  
algún funesto suceso.

Llevada la pobre niña  
de sus nobles sentimientos  
se encaminó hacia el lugar  
de los ayes lastimeros

y al llegar vió entre las peñas,  
tendido inerte en el suelo,  
herido y ensangrentado  
un hombre ya medio muerto.

Es joven, y tiene el mozo  
rasgos de agraciado aspecto,  
y algo que hace adivinar  
en él un noble abolengo.

Al pié del herido estaba  
en triste actitud un perro,  
como pidiendo socorro  
con aullidos lastimeros.

Se acerca entonces la moza  
y habló al herido con miedo  
para cerciorarse bien  
si vive aún o está muerto.

Abrió el herido los ojos,  
de su desmayo volviendo,  
y al ver cerca a la zagala  
le dijo con triste acento:

«¡Socórreme, niña hermosa!  
¡Socórreme...que me muero..!»  
-No temais, dijo la niña:  
No temais, noble mancebo.

¡Virgen Santa, qué desgracia!  
¡Dadme valor, santos Cielos!  
¡¡¡Virgencita de la Luz,  
que no muera el caballero!!!»

Y acercándose al herido,  
de rodillas en el suelo,  
limpió la sangre caliente,  
ágil, resuelta y sin miedo,

y le vendó las heridas  
con blanquísimo pañuelo  
que, cubriendo su justillo,  
llevaba sobre su cuerpo.

Mientras ella le curaba,  
agradecido el podenco,  
lamía la blanca mano  
que está curando a su dueño.

Dió de beber al herido,  
que estaba calenturiento,  
dirigiéndole palabras  
de esperanza y de consuelo.

«Esperad, señor, ahora,  
dijo la niña al mancebo:  
voy a llamar a mi padre  
que no está de aquí muy lejos,

y en nuestra pobre casita  
humilde albergue os daremos  
y allí os curaré mejor  
con bálsamo que yo tengo.»

Llamó Azucena a su padre,  
que no tardó mucho tiempo,  
y entre los dos a su casa  
condujeron al enfermo.

Allí le prestó cuidados  
Azucena al caballero  
llenos de amor y ternura,  
y de sacrificios llenos.

El caballero reposa  
en un blanquísimo lecho;  
y por cuidar al herido  
la niña duerme en el suelo.

Bálsamo puso en la herida  
que con cuidados extremos  
lavó y curó muchas veces  
con ternura y con afecto.

Pero el bálsamo mejor  
que dió al afligido enfermo  
la bella y noble zagala  
fué el bálsamo del consuelo.

---

### III

Bajo el toldo de la parra  
que de la casa a la puerta  
en el cálido verano  
sombra y frescura le presta,

sentado está el cazador  
con la zagala Azucena,  
dando principio a un idilio,  
que es natural consecuencia

de la conducta de Flor  
y de su rara belleza,  
y del noble sentimiento  
de una gratitud eterna.

El cazador va curando  
y está de peligro fuera,  
por eso esta agradecido  
y Azucena sastifecha.

En el suelo está el podenco  
junto a los pies de Azucena,  
y el caballo desbocado  
paciendo está en la ribera.

El padre cuida el ganado  
desde que asiste Azucena  
al herido cazador  
que hallaron entre las peñas.

El cazador le ha contado  
la causa de aquella escena...  
¡A fé que estuviera muerto  
si no lo socorre ella..!

Le dijo cómo cazando,  
por perseguir a una fiera,  
a carrera en su caballo  
se internó solo en la sierra;

pero al llegar a aquel sitio  
salió de entre aquellas breñas  
de pronto un corzo ligero  
que emprendió rauda carrera,

y se espantó su corcel,  
perdió estribo y cayó a tierra;  
sufrió una herida, un desmayo,  
y después... nada recuerda,

hasta que a su lado vió  
a la zagala Azucena  
que le curó sus heridas  
como sabe curar ella.

¡Con qué pudiera pagarle  
acción tan noble y tan buena,  
si le ha devuelto la vida  
que estaba para perderla!

En grata conversación  
están los dos a la puerta  
de la casita una tarde  
de florida primavera.

La zagala está muy triste,  
llena de angustia y de pena,  
porque el cazador curado  
se va a marchar a su tierra.

El caballero también  
siente dejar a Azucena;  
y es que Amor, niño travieso,  
ha lanzado sus saetas.

Después de un silencio breve  
lleno de amarga tristeza,  
el cazador a la niña  
habló de esta manera:

«Caminando por el campo  
encontré una flor muy bella,  
como una rosa, gentil,  
pura, como una azucena,

que con su aroma me dió  
vida cuando iba a perderla;  
y esta vida que yo tengo  
se la debo a Dios y a ella.

Su aroma me reanimó,  
me cautivó su belleza,  
su hermosura me embriaga,  
su pureza me recrea.

Agradecido y cautivo  
de tan bellísimas prendas,  
me incliné sobre la flor  
y quise... ¡ay de mí!, cogerla.

Pero aunque no tiene espinas,  
porque se llama Azucena,  
ví que tenía en el campo  
mucho arraigo y mucha fuerza,

Tú eres la flor que encontré  
en el campo entre las peñas;  
a tí te debo mi vida,  
tú eres mi flor, Azucena.

Flor que en el campo se cría  
de tanta gracia y belleza  
merece ser trasplantada  
a otro jardín, a otra tierra,

donde tenga otro cultivo,  
donde brille su pureza,  
donde sea por amor  
de las otras flores reina.

Dame tu amor, zagalilla,  
Flor de esta hermosa ribera,  
y vendrás a mi palacio  
a ser de mi casa dueña.»

El cazador a la niña  
mira, y su respuesta espera.  
La zagala ruborosa  
triste le dió esta respuesta:

«Custodiando mi ganado  
al pié de la abrupta sierra,  
encontré un clavel hermoso  
un día de primavera.

Tenía el color de sangre  
y aspecto de gentileza..  
¡y se hallaba agonizando..  
porque cayó en mala tierra..!

Yo le presté mis cuidados  
sin esperar recompensa,  
y le detuve la vida  
que escapaba por sus venas.

Lo trasplanté con esmero  
de entre las peñas y quiebras,  
y trayéndolo a mi choza  
le dí mi mejor maceta.

Lo cuidé por varios días  
llena de lástima y pena,  
y verle cobrar vigor  
mi mayor anhelo era.

El clavel así cuidado  
recobró su gentileza,  
y un día amoroso y tierno  
pidió amor a su enfermera.

Vos sois, gentil cazador,  
el clavel que entre las peñas  
encontré herido de muerte  
porque cayó en mala tierra.

Y yo fuí por dicha mía  
la que alivió vuestra pena  
y os asistió con desvelo  
sin esperar recompensa.

Hoy le brindais vuestro amor  
a la silvestre azucena;  
pero Azucena no puede  
salir de aquesta ribera.

Gracias, galán caballero;  
pero mi dicha es completa  
con saber que os hice bien  
y os salvé de muerte cierta.»

— «No desprecies, no, mi amor,  
dijo el galán a Azucena:  
que no ha de ser mala esposa  
quien tiene tan bellas prendas.»

Ven conmigo a mi palacio  
y tú serás la condesa;  
que ha de ser buena señora  
la que es tan buena doncella.»

— «¿Vos, sois conde, caballero?  
dijo extrañada Azucena:  
¡Bien al veros se adivinan  
vuestro porte y gentileza!»

Por eso me humilla más  
que vuestra nobleza quiera  
elear a vuestro rango  
a quien no es más que una sierva.

No os desprecio, señor conde;  
quien bien ama no desprecia;  
pero quien poco ambiciona  
con poco está sastifecha.

Soy Flor en esta casita,  
y reina de esta ribera;  
dejad los ricos palacios  
para quien con ellos sueña.

Que una humilde zagalilla,  
a quien la ambición no ciega,  
tal vez libre en este campo  
viva mejor que entre sedas.»

— Mejor tu humildad me agrada  
que la arrogante soberbia  
de las damas de mi rango  
cuya ambición no se llena.

Busco una mujer amante,  
trabajadora, discreta,  
que sepa ser buena esposa,  
y en tí la encontré, Azucena.

No me niegues ya tu amor,  
ni invoques más tu modestia;  
pobre y humilde te quiero  
mejor que rica y soberbia.

Y si sigues en tu afán  
y mi tierno amor desprecias,  
aunque curaste mi herida  
me dejas el alma enferma.

Sueña mi amor con el tuyo  
y en tí mi amor se recrea;  
en tí pienso, por tí vivo,  
y en tí mi amor se embelesa.

Yo te ofrezco, pues, mi mano;  
dame tu amor, Azucena;  
que tú has de ser en mi casa  
la esposa, la madre y reina.

¿Me quieres, bella zagala?  
Dime que sí, mi condesa,  
y no mates mi ilusión  
que voy a morir de pena.»

Bajó la niña los ojos  
y quedó un rato suspensa,  
y entre confusa y humilde  
le dijo de esta manera:

«Nunca turbó mi reposo  
palabra más halagüena;  
jamás sentí yo el amor  
hasta que aquí os conociera.

Y al oír vuestras palabras  
mi amor sincero os confiesa,  
que cuando de aquí marcheis  
también moriré de pena..!

«Pero marchad, señor conde,  
aunque yo de pena muera,  
que nací para zagala  
y no puedo ser condesa.

Que aquí en el campo en que vivo  
tengo mi mayor riqueza:  
mi hogar, mi huerto, mi padre  
y mi rebaño de ovejas.

«Aromas me dan las flores  
que esmaltan esta ribera;  
el arroyuelo frescura,  
los vientos mi cuerpo olean.

Música me dan las aves  
que con su canto me alegran,  
y ya me darán amores  
los pastores de la aldea.

Ese es mi rango y mi alcurnia,  
esa es toda mi nobleza.  
¡Marchad, marchad, señor conde,  
aunque me muera de pena!»

La niña escondió su rostro,  
porque el conde no la viera...  
¡Lloraba la zagalilla...  
lloraba lágrimas tiernas..!

— «Lloras porque desconfías  
de mis sinceras promesas?  
¡No me conoces si lloras  
por desconfianza, Azucena!

Comprendo que te resistas,  
comprendo que tú no quieras  
si crees que no he de cumplir  
mi enamorada promesa.

Pero te juro, zagala,  
que mi palabra es sincera,  
y que mi amor es honesto,  
y que mi intención es buena.

Y de rodillas te juro  
que volveré a esta ribera  
para llevarte a mi hogar  
y proclamarte condesa,

¿Me crees, hermosa zagala?  
Ya me creerás, Azucena,  
cuando pasado algún tiempo  
a pedir tu mano venga.»

Esto dijo el cazador,  
y al decirlo su voz tiembla.  
La niña sigue llorando  
llena de emoción intensa.

Movió el podenco la cola  
y enderezó las orejas,  
y dando un corto ladrido,  
y haciendo varias zalemas,

salió al encuentro de un hombre  
que hacia la casa se acerca:  
era el dueño de la casa,  
el padre de la doncella.

Hizo un discreto silencio  
la enamorada pareja  
y así terminó el idilio  
entre el conde y Azucena.

---

IV.

Lavando está en la corriente  
del arroyo plateado  
Azucena la zagala  
una tarde de verano.

Cerca de ella en la ribera  
paciendo está su ganado  
que, al mismo tiempo que lava,  
ella lo está custodiando.

¡Qué triste está la mocita  
que era la gala del campo!  
Es que Amor lanzó una flecha  
y el alma le ha traspasado.

¡Cuántas veces en el conde,  
cuántas veces ha pensado  
desde que él le prometió  
venir a pedir su mano!

Y aunque ya algunas misivas  
con un propio le ha enviado;  
y aunque un vestido de seda  
le ha mandado de regalo,

duda la zagala a veces  
si será un amante falso  
y si estará siendo objeto  
de algún fementido engaño.

Y aunque en todas las misivas  
que el cazador le ha enviado  
le repite la promesa  
de venir en el verano,

ya le parece que tarda,  
y ya va desconfiando;  
pero también es muy cierto  
que ella no aceptó su mano.

Ella se quedó con pena,  
y fué su mayor quebranto  
ver marchar al cazador  
que tanto amor le ha jurado.

Y el cazador es su sueño,  
y el cazador es su llanto,  
y en él piensa noche y día,  
y en él está ahora pensando.

Y aunque no se hizo ilusiones,  
porque no aceptó su mano,  
cuando Amor lanza sus flechas  
no se vé más que al amado.

Por eso es su pesadilla  
en su casa y en el campo,  
ya esté ociosa, ya ocupada,  
ya despierta, ya soñando.

Pensando en él está ahora  
mientras lava en un remanso  
que hace la clara corriente  
del arroyo plateado,

cuando de pronto divisa  
que viene gente a caballo  
por el áspero sendero  
que a la montaña abre paso.

Sintió la niña un ahogo  
en el pecho, un sobresalto,  
y creyó caer al agua  
víctima de algún desmayo.

Y es que presintió la niña  
lo que ella estaba esperando;  
porque el corazón presente  
cuando se halla enamorado.

Y como los ojos son  
cristales de aumento a ratos,  
conoció a larga distancia  
al cazador y al caballo.

Cogió su ropa en seguida  
y congregó su rebaño,  
y lo llevó en un momento  
a la majada a encerrarlo.

El sol llegaba al Poniente,  
lanzando tímidos rayos  
y teniendo el horizonte  
de un vivo matiz morado.

Entró Azucena en su casa,  
y llena de sobresalto,  
nerviosa, azorada, inquieta,  
volvió a mirar hacia el campo

y vió ya a corta distancia  
tres jinetes a caballo  
que, saliendo de la sierra,  
iban en el valle entrando.

Volvió a entrar la moza en casa,  
y volvió a salir al campo,  
y volvió a entrar otra vez  
para encerrarse en su cuarto

y esperar allí escondida,  
por la ventana observando,  
la llegada de su amante  
que viene a pedir su mano.

---

## V.

Brilla la luna en el cielo  
con resplandores de plata,  
y reverbera su rayos  
en el cristal de las aguas.

La fantástica ribera  
por la luna iluminada  
en esta noche parece  
más sublime, más fantástica.

Noche de amor y de ensueño,  
noche de verano cálida;  
corre una brisa suave,  
suena el rumor de las aguas.

Ni el monótono cantar  
de los grillos y las ranas,  
ni el chillar de los mochuelos,  
ni el canto de las cigarras

interrumpen el idilio  
que a la puerta de la casa  
tiene lugar entre el conde  
y Azucena la zagala.

Idilio de enamorados  
y de dulces memoranzas  
que los dos jóvenes tienen  
bajo el toldo de la parra,

más vehemente, más intenso,  
que el de aquella tarde amarga  
de la triste despedida  
del conde de aquella casa.

Con el padre de Azucena  
están, a honesta distancia,  
los hombres que al joven conde  
le sirvieron de compañía.

Son dos criados leales,  
los más viejos de su casa,  
que a todas partes le siguen  
y que siempre le acompañan.

Ellos están sosteniendo  
también animada charla  
por no impedir el coloquio  
entre el conde y la zagala.

Estos dos hablan de amores,  
de dichas, de bienandanzas,  
del risueño porvenir  
que el Cielo a los dos depara,

Aquellos hablan del campo,  
del ganado, de la caza,  
de la riqueza que tiene  
del conde la noble casa.

Ya le habló el conde al llegar  
al padre de la muchacha  
y han concertado la boda  
para el día de Santa Ana.

Que el conde no tiene padres,  
y ese día es en su casa  
día de gratos recuerdos,  
una fecha señalada,

porque la madre del conde  
Doña Ana se llamaba;  
por eso quiere casarse  
en el día de Santa Ana.

Azucena se resiste,  
confusa y avergonzada,  
a ser esposa de un conde  
por su pobreza y crianza,

aunque bien merece serlo  
por su belleza y su gracia,  
por su gran inteligencia,  
por su porte y su elegancia,

por su gentil señorío,  
por sus formas delicadas,  
por su viveza y donaire,  
por las dotes de su alma.

Azucena quiere al conde,  
mas no le da su palabra;  
y el Conde triste y quejoso  
así a la niña le habla:

«Dame tu amor, Azucena,  
que la pena  
va a matar mi corazón;  
no dudes, ni seas esquiva  
y haz que viva  
en mi soñada ilusión.

Mira que tu amor prefiero  
y que muero  
si no consigo mi bien;  
que es muy triste y es muy dura  
la amargura  
que me causa tu desdén.

Que ante tu gracia y belleza  
mi nobleza  
quedó rendida de amor;  
y yo sé que tu me quieres,  
mas prefieres  
que yo te deba el favor.»

La niña al oír del conde  
las amorosas palabras  
le contestó lo que sigue,  
ruborosa y humillada:

Si habeis de morir de pena  
y Azucena  
puede la muerte impedir,  
yo evitaré vuestra muerte,  
y mi suerte  
a la vuestra habré de unir.

Teneis razón, caballero,  
que prefiero  
que me debais el favor;  
pues nunca soñado había  
que sería  
un señor conde mi amor.

Pero que son verdaderas  
y sinceras  
vuestras promesas ya ví,  
cuando amoroso y galante,  
anhelante  
habeis venido por mí.

¡Señor conde, vuestra soy  
desde hoy,  
y siempre vuestra seré;  
que ante vuestra gentileza  
y nobleza  
también rendida quedé!»

Emocionada la niña  
sintió que su voz temblaba,  
y que a sus ojos saltaron  
temblorosas tiernas lágrimas.

.....

Llegada la media noche  
se dispusieron en marcha  
el conde y los dos criados  
más leales de su casa.

¡Qué triste la despedida  
entre el conde y la zagala!  
¡Qué triste, a la vez que llena  
de promesas y esperanzas!

La luna brilla en el cielo  
con resplandores de plata,  
y reverbera su rayos  
en el cristal de las aguas.

Por el áspero sendero  
que abre paso a la montaña  
van los criados y el conde  
caminando hacia su casa.

Van entre sí sosteniendo  
los tres animada charla,  
porque el joven conde lleva  
llena de amores el alma.

Azucena los ha visto  
desde la puerta de casa  
hasta que se han ocultado  
tras de la abrupta montaña.

La fantástica ribera  
por la luna iluminada  
a Azucena le parece  
más sublime, más fantástica.

## VI

Volvió el conde a la ribera  
la víspera de Santa Ana  
con gran acompañamiento  
de caballeros y damas.

Y lleváronse a Azucena  
de aquella casita blanca  
para ser al otro día  
con el conde desposada.

Iba vestida la novia  
con lujosísimas galas,  
y en un caballo enjaezado  
gentilmente iba montada.

A sus lados van el conde  
y el padre de la zagala,  
y detrás, como cortejo,  
los caballeros y damas.

Pero al dejar la ribera  
y su linda casa blanca. .  
¡triste lloraba la niña,  
triste en silencio lloraba!

Al otro día siguiente  
ante el altar de Santa Ana  
el conde llamaba esposa  
a Azucena la zagala.

Hubo en la casa condal  
festejos, músicas, danzas,  
y Azucena por el conde  
fué condesa presentada.

Con respeto la acataron  
los servidores de casa,  
con envidia y con recelo  
la recibieron las damas.

Pero ella se hizo estimar  
por su belleza y su gracia,  
por su gran inteligencia,  
por su porte y su elegancia,

por su gentil señorío,  
por sus formas delicadas,  
por su viveza y donaire,  
por las dotes de su alma.

. . . . .

Y fué muy feliz el conde,  
y Dios bendijo su casa,  
según nos cuenta la historia  
de Azucena la Zagala.

FIN

## A los jóvenes lectores.

Amable lector o lectora: Los pequeños poemas que acabas de leer han sido escritos para proporcionarte unos momentos de honesto solaz y agradable esparcimiento de ánimo.

Con ellos te he brindado una literatura pobre, por ser mía, y muy distinta de esa literatura modernista, afeminada y sensual, que estraga hoy el gusto artístico y corrompe los sentimientos morales de la juventud inexperta.

Ni mi fé de católico creyente, ni mi condición de sacerdote, ni mi conciencia, ni mi entusiasmo por la poesía clásica, me permitirían ofrecerte el veneno de la inmoralidad que en copa de oro te ofrece esa otra literatura pornográfica e impía, sino lo que he intentado ofrecerte: miel de buenos y nobles sentimientos, de honestos amores y de bellas acciones, aunque servido en rústica copa de sencillo pero transparente y limpio cristal.

Con la publicación de estos poemas he intentado de-

mostrarte que se puede escribir agradablemente de amores, para entretenerte honestamente, sin apelar a esas escabrosidades de mal gusto, ni a escenas inmorales que hacen perder al amor todo su encanto, que es la honestidad y el pudor; que sonrojan el rostro de los lectores, que ultrajan nuestros sentimientos, y ofenden nuestra sensibilidad al contemplar lo inmoral que, por serlo, no tiene cabida dentro de la belleza.

Si estos poemas han sido de tu agrado; si con ellos te he proporcionado unos momentos de honesto solaz y esparcimiento de ánimo, habrá logrado su intento y se dará por satisfecho y pagado tu afmo.

### El Autor.



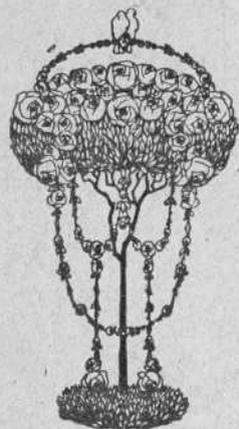
## I N D I C E .

|                             | <u>Pág.</u> |
|-----------------------------|-------------|
| El Amor.....                | 5           |
| El Príncipe Juglar .....    | 15          |
| El Pajecillo y la Dama..... | 27          |
| La Torre Misteriosa.....    | 43          |
| La Gruta del Miedo.....     | 57          |
| Azucena la Zagala.....      | 67          |









{ DOMINGO SIERRA }



precio: TRES pesetas.

G 21323